

Palabras sobre la tumba de Teresa

Por Jacinto FOMBONA PACHANO

(En el *Boletín* de la Academia Venezolana, Caracas, Julio-Setbre. 1948).



Teresa de la Parra

(Palabras leídas por su autor en las exequias de Teresa de la Parra).

No cabe la lamentación desolada, ni siquiera el discreto correr del llanto, ante el féretro de quien fué sereno y sonriente espíritu, de quien se encaró al mundo y a sus criaturas con honda, pero amable actitud, de admonición sutilmente regocijante y de piadosa ironía. Cuadran, en cambio, a la que hizo norma filosófica de esa conducta, la elegía pagana y la evocación anecdótica.

Teresa de la Parra vuelve hoy a la Caracas de sus mayores y de sus años juveniles, para recibir el homenaje que le debíamos y que es de la tierra, en el sentido, más bien, electributarle, cuando aún alentaba su espléndida

vida de escritora. De este majestuoso recinto, iremos a entregar —con ella— a la tierra, lo que es de la tierra, en el sentido, más bien, elemental y telúrico de la expresión, que en el del latín religioso de la liturgia. Pienso, por eso, que asistimos, en este acto, a la integración simbólica del ser que amó, sintió y pensó por los suyos y con los suyos, en la armonía total de cuanto es substancia y carne de un pueblo.

Antes de llegar sus cenizas, ya eran caminos terrestres y fluviales de Venezuela, lumbre y aire venezolanos, las obras de Teresa. Por ahí se habían abierto paso, a todo lo lar-

go y ancho del alma nacional, mensajeras de una noble nostalgia, de un amor ardiente y creciente por nuestros individuos y cosas, que nos llegaban de su voluntario exilio en Europa. Exiliada, por imposiciones del medio, tal vez, impermeable, por su inquietud un poco nómada, o por mero azar de la suerte vivió y murió esta gran mujer. Fueron escasos los años que de su existencia transcurrieron a nuestro lado, apenas los de su primera mocedad; escaso también el número de los que gozaron, aquí, el privilegio de entender y valorar la magnitud de sus altas dotes intelectuales. Como de otra insigne compatriota de nombre idéntico, Teresa Carreño, de ella puede decirse que no fué profeta en su tierra, aun cuando las dos la pusieron a relucir, ceñida a sus sienes, como hermoso aderezo de nuestra Guayana.

Nacida en París a comienzos del siglo, la muerte sorprendió a Teresa en Madrid, en 1936, meses antes de estallar la insurrección contra la República. Se confirmó, así, el dramático sino de su destierro, de su angustiada e infatigable andanza por buena parte de la geografía física y espiritual de ambos mundos. Pero el ansia del nómada —pudo expresar ella— nunca logra saciar su hambre de horizontes; conduce irremediamente al punto de partida. De ahí que no apartara sus ojos de la patria de su juventud, que fué la de sus padres, y a la cual se dió por entero en amor y en obras. De este modo se realizó el prodigio de la sangre y el de tradición que era igualmente savia de sus ideas y sentimientos.

Hija de ilustre familia venezolana, contó entre sus ascendientes a una de las nueve musas Aristeguieta, prima de Bolívar, y de ella heredó en la pila bautismal el nombre, Ana Teresa —simplificado en el pseudónimo literario— y, por misterioso designio eugénico, la gracia aristocrática de la figura y la sal del espíritu. Teresa misma nos da testimonio, en alguno de sus escritos, de su inquebrantable lealtad al terruño de sus mayores. Se quejaba sin amargura, antes con inteligencia y risueña misericordia, de la indiferencia o desdén de sus coterráneos —los caraqueños— por el éxito que los hijos de su ingenio alcanzaban en París, España y América. Tanto las buenas como las malas impresiones le iban, de vez en cuando, de su querida ciudad del Avila, en el pergeño epistolar de contados, pero consecuentes admiradores. Le informaban indignados de aquella frialdad envidiosa o irresponsable. Teresa, en pleno apogeo de su gloria en París, se había tornado más modesta, más apacible, más profundamente conocedora del alma regional, de las menudas rencillas de "campanario" que se ventilaban en Caracas, y respondía con mayor preocupación por su tierra, con mayor afecto por sus paisajes y por sus miserias morales, con artículos, con libros de dulce entraña venezolana.

Ya había emprendido la fuga material del medio hostil, por incomprensivo. Atrás quedaban los años de su iniciación en las letras, cuando, lanzada al público por uno de nuestros máximos novelistas, con "El Diario de una Señorita que se Fastidia", germen de su "Ifigenia", fué sorpresa gozosa para los buenos catadores de su fino y agudo talento, escándalo para muchedumbre de recoletos y vestales. Desapareció su esbelta y elegante silueta de calles, tertulias literarias y salones urbanos. Llegó el momento de su triunfo resonante en París con el primer premio ganado por "Ifigenia", en el concurso de novelas americanas. Siguió, luego, los apólogos de los críticos extranjeros, sus "Memorias de Mamá Blanca".

El Premio NOBEL para Alfonso Reyes

(En el *Rep. Amer.*)

La hora americana ha llegado cuando todos los intelectuales a unísono pidan a Suecia el Premio Nobel para el americano universal Alfonso Reyes. Hace años que venimos pidiendo esta justicia. No hay quien pueda discutir o dudar de este merecido galardón. Si nació en México el sabio Alfonso Reyes es tan de Chile como de Puerto Rico, tan de Cuba como del Perú o de la República Dominicana. Su voz es de España, de América. Su voz es del hombre "humano" universal. Aquí en los Estados Unidos ha empezado hace años la campaña; hoy desde el Repertorio empiezo la de Hispano-América. Unanse los intelectuales y siguiendo la política que seguimos con la Mistral, respaldemos al heleno-latino americano Alfonso Reyes.

Pedro Juan LABARTHE.

Pittsburgh, Pa. Marzo de 1949.